

## El cultivo de la mente

El cultivo de la vida intelectual es un ejercicio necesario, pero no solitario. Como la mente es interacción con los demás, requiere una disposición de aprender, que el autor de este artículo concreta en dos actitudes: cultivar la lectura, y desarrollar el arte de la escucha.

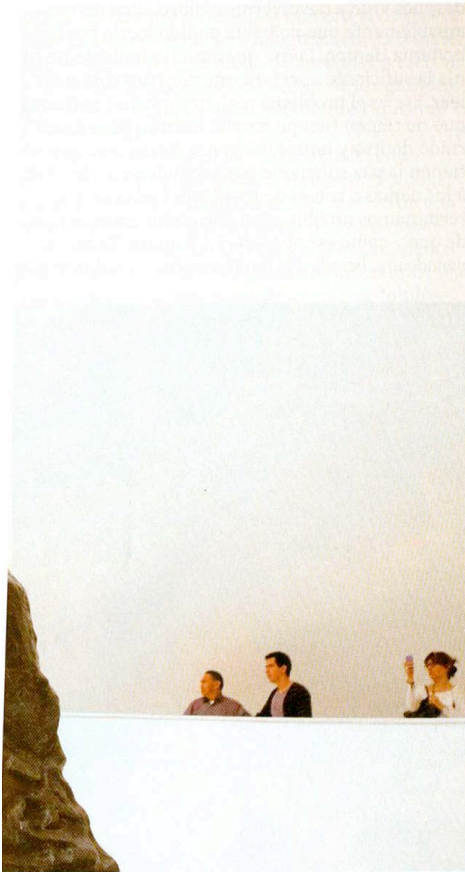
**M**i padre –que frisa ya los 90– suele hacer todos los días el crucigrama del periódico. Junto con las esquelas, es la sección del periódico que más le interesa, pues –según dice– le ayuda a mantener activas sus neuronas. A mí me admiran tanto su dominio de esas palabras rarísimas que sólo aparecen en los crucigramas –el famoso “tas” para el yunque de platero– como, sobre todo, sus ganas de aprender palabras y definiciones nuevas. Por ejemplo, el último día que estuve con él pude comprobar que le llevó un cierto tiempo llegar a descubrir que la respuesta acertada con cuatro letras para la entrada “*Persigue tenazmente a los piratas*” era “SGAE”. Sin embargo, muy probablemente, la próxima vez que aparezcan los piratas en el crucigrama se acordará de la Sociedad General de Autores. La práctica de años le lleva a conocer bastante bien al autor de los crucigramas, sus manías y sus preferencias. Incluso de cuando en cuando le escribe felicitándole por algún acierto o reprochándole por alguna definición que considera desafortunada.

Traigo este ejemplo familiar a colación porque con frecuencia cuando se habla de “cultivar la



mente” pensamos en gente que acude a clases de aikido, cursos de yoga o libros de autoayuda para llegar a controlar sus fuerzas mentales más o menos ocultas. Con estas líneas lo que quiero sugerir es que esa es una manera desenfocada de mirar las cosas. La mente no es algo individual, como puede ser el ombligo que cada uno tiene, sino que es más bien social y se enriquece o empobrece en función de la compañía que cultive. Como escribió el poeta americano Thomas B. Aldrich, “*un hombre es conocido por la compañía que su mente tiene*”.

**Empeñarse en aprender.** El modelo cartesiano del pensador solitario junto a la estufa sigue dominando el escenario de nuestra cultura, pero es del todo desajustado con la realidad de nuestras vidas. No somos náufragos en una isla desierta, sino que nuestra vida intelectual está del todo interrelacionada con la de quienes nos rodean, con la de quienes escuchamos en la televisión, aparecen en los periódicos o nos encontramos por la calle. El científico y filósofo norteamericano Charles S. Peirce (1839-1914), que estudió muy a fondo el fenóme-



no de la comunicación humana, empleó en alguna ocasión la metáfora de los vasos comunicantes para explicar el lenguaje humano y la subjetividad: cada uno viene a ser como un recipiente con una forma y un color personal, pero el líquido, el lenguaje común, es el mismo compartido por todos.

Con esta metáfora lo que quiero destacar es que cultivar la mente no consiste en desarrollar una actividad individual como si la mente fuera una lechuga en un secarral o un arbolito en el desierto. No, la mente no es un músculo cerebral que pueda desarrollarse mediante ejercicios en soledad. La mente es, sobre todo, el resultado de nuestra interacción con los demás; la mente es intersubjetividad, vitalidad intelectual, comunicación. De la misma manera que el lenguaje no es algo privado, sino algo social, también la mente está mucho más conformada socialmente de lo que en un primer momento podemos imaginar. Nuestra mente crece –como los vasos comunicantes– si ampliamos nuestras vías de conexión, de aprendizaje de los demás.

Hace pocos días escuchaba a Mons. Ramón Herrando –quien trató de cerca a San Josemaría Es-

crivá en sus últimos años de vida– que le oyó decir a menudo: “Yo, hijos míos, estoy siempre aprendiendo”. Mantenía su espíritu joven y se consideraba un aprendiz. Trato de hacer lo mismo y para ello leo a menudo aquellas palabras de Kierkegaard en *Mí punto de vista* que tan bien nos van a los profesores: “Ser maestro no significa simplemente afirmar que una cosa es así, o recomendar una lectura, etc. No. Ser maestro en un sentido preciso es ser aprendiz. La educación comienza cuando tú, maestro, aprendes del aprendiz, te pones en su lugar de tal forma que puedas entender lo que él entiende y del modo en que él lo entiende, en el caso de que tú no lo hayas entendido antes, o si lo has entendido tú antes, le permitas a él someterte a examen de forma que pueda cerciorarse de que te sabes tu papel”.

El cultivo de la mente no es resultado de un esfuerzo solitario, sino que es esencialmente una actividad social comunicativa. Todos mis alumnos coinciden en que lo mejor de ir al cine no es la película ni las palomitas, sino el poder comentar con los amigos durante una hora o más los vericuetos de la historia que han visto, pues así aprenden unos de otros la hondura de los conflictos humanos y la riqueza de su sensibilidad. Por eso, quiero animar a cultivar la lectura y a desarrollar el arte de la escucha como vías efectivas para crecer intelectualmente y ensanchar nuestra comunicación con los demás.

---

La mente no es un músculo cerebral que pueda desarrollarse mediante ejercicios en soledad. La mente es, sobre todo, el resultado de nuestra interacción con los demás

---

Algunos libros habrá que leerlos muy rápido y otros muy lentamente o, quizá mejor, habrá que releerlos muchas veces y es entonces cuando más se disfruta

**La aventura de leer.** “Un día leí un libro y toda mi vida cambió”. Con esta maravillosa frase –quizá la mejor del libro– comienza *La vida nueva*, la única obra que he leído del premio Nobel de literatura del 2006, Orhan Pamuk. Un solo libro cambió la

después vino a devolverme el libro, diciéndome amablemente que no había podido leerlo porque no tenía tiempo. Pensé que aquel estudiante no tenía la suficiente apertura interior para comenzar a leer. Ese es el problema real, hay muchas personas que no tienen tiempo para la lectura: tienen tanto ruido dentro y tantas imágenes en sus ojos que no tienen la paz suficiente para comenzar a escuchar a los demás a través de los libros. Cada vez que terminamos un libro, podemos estar convencidos de que –como escribe Gabriel Zanotti– “*le hemos ganado una batalla a la incompreensión*”. Los libros nos



Quien no haya descubierto el placer de la lectura, tiene que empezar por ahí: leyendo

vida del protagonista de esa novela ambientada en Turquía, pero muchos libros, leídos con gusto, pueden cambiar también la nuestra. “*Nacemos para saber*” –escribió Gracián– “y los libros con fidelidad nos hacen personas”. Los libros cambian nuestras vidas porque ensanchan nuestra imaginación al fundirla con la de sus autores. “*La pura fuerza de la literatura*” –ha escrito Muñoz Molina– “es en sí misma el mejor antídoto contra cualquier fundamentalismo, al afirmar la riqueza, la ambigüedad, lo complicado y lo misterioso de la vida”.

Recuerdo que hace un tiempo presté *El maestro de esgrima* de Pérez-Reverte a un estudiante universitario, atascado en primero de carrera, al que intentaba iniciar en la lectura. Pocas semanas

ayudan a descubrir que somos miembros de una formidable comunidad que trasciende el espacio y el tiempo; los libros enriquecen nuestra vida abriéndonos las puertas de la civilización, de la libertad y del amor.

Las campañas pedagógicas para animar a leer han servido de muy poco: hay que leer por placer y con placer. Quien no haya descubierto el placer de la lectura en su infancia o en la primera juventud tiene que empezar por ahí, leyendo, leyendo mucho y por placer. No importa que lo que lea no sean las cumbres de la literatura universal, basta con que atraiga su imaginación y disfrute leyendo. La lectura resulta del todo indispensable en una vida de calidad. “*Leemos para vivir*”, escribió Belén

Gopegi. La literatura ensancha nuestro vivir y es la mejor manera de educar la imaginación; es también muchas veces un buen modo de aprender a escribir de la mano de los autores clásicos y de los grandes escritores y resulta siempre una fuente riquísima de sugerencias.

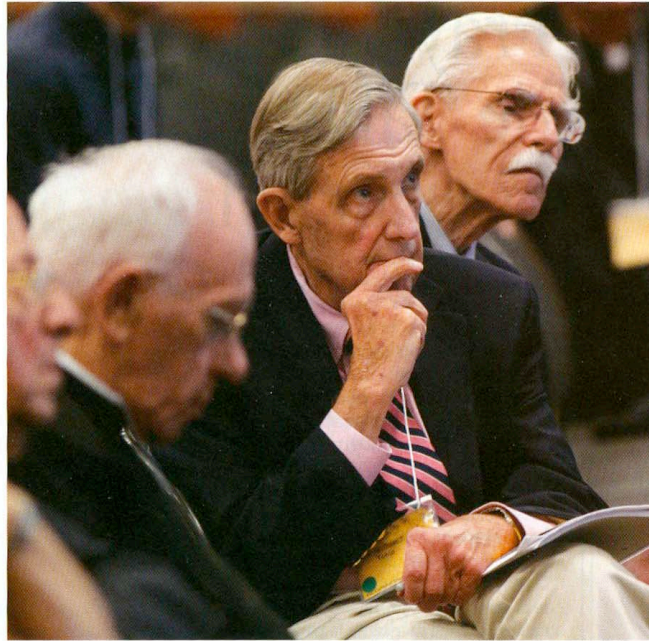
No tiene ningún sentido torturarse leyendo libros que no atraigan nuestra atención, ni obligarse a terminar un libro por el simple motivo de que lo hayamos comenzado: aquel dicho “libro comenzado, libro terminado” es la forma más contundente y devastadora de matar el gusto por la lectura. Hay millares de libros buenísimos que no tendremos tiempo de llegar a leer en toda nuestra vida por muy prolongada que sea. Por eso recomiendo siempre dejar la lectura de un libro que a la página treinta no nos haya cautivado.

Algunos libros habrá que leerlos muy rápido y otros muy lentamente o, quizá mejor, habrá que releerlos muchas veces y es entonces cuando más se disfruta. Esto es, por ejemplo, lo que ocurre con el Quijote, que sólo llega a disfrutarse después de repetidas lecturas. Como dice Rafael Tomás Caldera, los grandes libros “crecen con nosotros” a base de releerlos.

**El arte de escuchar.** Además de escuchar a los libros, para cultivar nuestra mente hemos de aprender a escuchar a las personas. El entorno ruidoso por fuera y con muchas prisas por dentro hace difícil que nos prestemos atención unos a otros. Hablamos con voz fuerte, nos movemos rápidamente, decimos a unos y a otros lo que tienen que hacer, pero a menudo somos incapaces de escucharnos realmente y, por tanto, de comprendernos.

La actitud de escuchar a los demás comienza en el ámbito personal y familiar, y atraviesa todos los niveles de la acción humana. A veces la comunicación se cuarteja mediante silencios que parecen de plomo. En casi todas las familias o en muchas empresas hay personas que durante muchos años “no se hablan”, aunque sean hermanos, vivan en la misma escalera, trabajen en un mismo departamento o tengan intereses afines. Independientemente de las circunstancias concretas que en cada caso hayan originado esa lamentable situación –una herencia, una rivalidad–, la manera más efectiva de entenderlo es advertir que han cancelado la disposición a escucharse y a aprender uno de otro. Sólo escucha quien está dispuesto a cambiar, quien está dispuesto a rectificar, quien está dispuesto a pedir perdón, a decir “me he equivocado”. Como escribió Bollnow, para poder escuchar hay que renunciar a la seguridad de la propia opinión y ponerse en duda uno mismo sin ningún reparo.

Comprender a los demás es difícil. Requiere el empeño por resistir a la superficialidad y a la vanidad, pero sobre todo requiere hacerse cargo de lo que a los demás les pasa. Al menos, como escribió la Madre Teresa de Calcuta, “estar con alguien,



*Hay que prestar atención a lo que el otro dice, con naturalidad y con interés*

escucharle sin mirar el reloj y sin esperar resultados nos enseña algo sobre el amor”. Efectivamente, para poder escuchar es preciso no mirar el reloj, no tener prisa por dentro, tener paciencia.

El arte de escuchar consiste, en primer lugar, en dejarse llenar por lo que dice la otra persona, sin distraernos con lo que le vamos a contestar. Pero además, si pensamos que cada persona singular tiene valor por sí misma, es natural reconocerla –aunque eso cueste bastante en la práctica– como una autoridad acerca de su propio punto de vista o al menos como un testigo valiosísimo de su experiencia personal. De todos podemos realmente aprender. Hay que prestar atención a lo que el otro dice, con naturalidad y con interés, sin adelantarse mentalmente tratando de adivinar lo que la otra persona va a decirnos y reprimiendo siempre nuestro instinto de réplica. “La paciencia” –escribió lúcidamente Von Balthasar– “es el amor que se hace tiempo”.

**Conclusión.** Leer, escuchar, pensar, escribir, crecer: esto es lo que nos hace humanos, lo que nos hace solidarios con los demás hombres y mujeres de hoy, con los de ayer, cuyo pensamiento se guarda en los libros y con los que vendrán, pues en cierto sentido el futuro está en nuestras manos. El cultivo de la mente no es nunca una actividad solitaria, sino que es siempre una actividad comunicativa que nos lleva a aprender de los demás y por eso nos une a ellos. ■

**Jaime Nubiola**

*Profesor de Filosofía. Universidad de Navarra*